

Quevedo y el grande Osuna

Escribe: EDUARDO CARRANZA

Don Pedro Téllez Girón, el gran duque de Osuna, vivió fuera de su tiempo. El y su amigo y consejero don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas —el tétrico humorista de *Los sueños*, el enherbolado satírico de jácaras y donaires, el hondo moralista del *Marco Bruto*, el sobrecogedor poeta del tiempo y de la muerte— pertenecían espiritualmente a la generación del Emperador. Eran del linaje aguileño y caballeresco de Cortés y don Diego Hurtado de Mendoza, de Cetina, cantor de los ojos claros, y de Acuña, cantor del duro imperio, de Garcilaso, héroe entre lanzas y suspiros, de don Juan de Austria y don Alvaro de Bazán, navegantes por mares españoles, que lo eran entonces todos los del mundo, al compás de vientos imperiales y de versos del “divino” Herrera. Pero tocoles a Osuna y a Quevedo vivir y actuar cuando ya se distendían los resortes espirituales de la raza. Los caballeros del César habían sido reemplazados por los sutiles intrigantes, los héroes habían dado paso a los leguleyos engreídos, a los ondulantes burócratas, y los navegantes cedían su puesto a los fatuos cortesanos. A la lectura de las hazañas de los Amadises y de los rotundos versos del *Carlo Famoso* había sucedido el regusto de incisos, párrafos y memoriales. España, como don Quijote, había salido al mundo en busca de hazañas descomunales y, ya al atardecer, volvía a la antigua casa manchega para morir de melancolía. Una imagen patética del noble español de la primera mitad del siglo XVII nos la dibujan los libros de picardía: es el hidalgo abúlico y arruinado que vive en su vieja casa desmantelada, agrietada e invadida por los yerbajos, a quien solo le resta arrogancia para salir con su capa gentilísima y su espada deslumbrante a pasear bajo los soportales en el crepúsculo para luego, de regreso a la desierta mansión, disputar a su criado los mendrugos de pan mal habidos. Después de un siglo de sublime tensión, la delirante fiebre barroca, la pereza, el desencanto y el desengaño, habían invadido las venas de la nación española. Quevedo, que ya aquietara el suelo histórico bajo sus pies, es el gran testigo de este *primor 98* español.

Quevedo siente que la decadencia personal, el lento crepúsculo de la vida, el desmoronamiento de los años y de los sueños, la ruina de su morada corporal, se proyectan sobre los muros de su estancia terrena, sobre

el mundo físico circundante y se identifican con el desmoronamiento de su patria. *Su conciencia se historifica.* Y escribe, entonces aquel soneto sobrecogedor:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.*

*Salime al campo: vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados
que con sombras hurtó su luz al día.*

*Entré en mi casa: vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.*

*Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.*

Reina el inepto y glotón Felipe III. Le rodea una ávida camarilla de flojos cortesanos y de sombríos intrigantes. Pero aún el gigantesco organismo decadente tiene un postrer latido de soberbia, un último ademán de dominio e imperio. En 1610 el tercer duque de Osuna es nombrado virrey de Nápoles para gobernar en nombre de las Españas las tierras que un día conquistara el muy galán y trovador Alfonso V de Aragón. Osuna, con Quevedo a la diestra, emprende una acerada política de conquista y audacia. Y entonces, por última vez, el Mediterráneo se convierte en un lago español. Por última vez, también, las saetas españolas disparadas hacia el cielo eclipsan la media-luna. Osuna establece en Nápoles una brillantísima corte. Y son famosos y memorables los ingenios que le rodearon, las batallas que ganó por la tierra y por el mar, sus planes quiméricos, sus bajeles, sus presentes espléndidos, el resplandor de sus carrozas, la hermosura y fragancia de las damas, el dorado rumor de trovas y de espadas que circunda su persona. Pero la política de Osuna aparecía como algo peligroso y desafiante a los ojos pusilánimes de los amarillos y envidiosos cortesanos de Felipe III. Se sospecha que quiere unificar a Italia para alzarse en príncipe independiente y centrar en Nápoles el imperio español. Se arman contra el gran prócer y contra su genial amigo las astutas trampas de insidia y, finalmente, le hacen prisionero en una torva celada. Y le llevan a la cárcel en donde el grande Osuna, como correspondía a su linaje, a su patriotismo, a su orgullo, y a su alma fina y borrascosa, se muere de ira y de dolor.

* * *

Américo Castro ha escrito una bella semblanza del prócer andaluz. Allí exalta su arrojo y su ingenio, su personal fascinación, sus dones de político de estilo europeo. "Al frente de la nación, dice Castro, Osuna le

habría hecho variar de rumbo. El destino quiso que su grandeza fuera medida por la ridícula pusilanimidad de aquel bobo inane llamado Felipe III. En el medio ineficaz de la corte triunfaba una burocracia tan torpe como meticulosa. Imperaba el miedo a la hazaña, la pasión pueblina, la codicia del placer menudo logrado a poca costa. En tal ambiente el grande Osuna representaba un anacronismo, o sea un esencial destono, y justamente con los encargados de refrendar sus iniciativas audaces. Años atrás, el Emperador habría comprendido a aquel andaluz seductor, cuyo lenguaje político era en 1610 jerigonza incomprensible”.

Sus hazañas en Flandes y en Italia habían hecho de Osuna un personaje romancesco, casi legendario. Pero es en Nápoles en donde desarrolla a plenitud sus dones de magistral conductor. La república de Venecia era todavía una potencia europea y se oponía a los designios italianos de Osuna. Entonces el duque planea una conjura para reducirla a la impotencia y anexarla a España finalmente. Las escuadras napolitanas que han arrinconado ya al turco en Constantinopla, combaten contra los navíos venecianos en una victoriosa guerra no declarada, muy similar a la de los piratas ingleses que en los siglos XVII y XVIII quebraron la espina dorsal del poderío español. Venecia estaba casi estrangulada y el golpe final se había planeado para el 14 de mayo de 1618. Pero por obra de traidores la conspiración es descubierta y Quevedo ha de huír de una Venecia enfurecida, disfrazado de mendigo y se salva gracias a su perfecto dominio de la lengua italiana. Osuna pensaba, además, promover levantamientos balcánicos para desmoralizar el imperio del Sultán, tenía en mente vastas empresas africanas y soñaba con llevar sus bajeles hasta las puertas de Constantinopla. Pero le falló la España oficial de entonces. Hostilizado y entrabado hubo el gran duque de ceder ante el conformismo de las camarillas imperantes que miraban con temor y recelo sus audaces manejos. Faltó a Osuna su patria y así lo recuerda Quevedo en un soneto lleno de solemne melancolía a la memoria inmortal de su grande amigo:

*Faltar pudo su patria al grande Osuna
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas
de quien él hizo esclava la fortuna.*

*Lloraron sus envidias una a una
con las propias naciones las extrañas;
su tumba son de Flandes las campañas
y su epitafio la sangrienta luna.*

*En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Tinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.*

*Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.*

Tiene este indeleble soneto un son militar y sombrío como un redoble de tambores enlutados.

También por los versos de Lope de Vega cruza el resplandor de la gloria de Osuna:

*Tú solo, claro príncipe de Osuna,
de las armas de España en pie tuviste
la ofendida opinión...*

*Tú solo fuiste, oh gran Girón, tú solo
que diste a Italia, sin temer sus daños,
paz dulce, libre mar, felices años.*

“Quevedo, dice Dámaso Alonso, ha tenido que escribir evidentemente muchos elogios fúnebres, de puro compromiso. Tenía protectores, había que corresponder, qué remedio. Todos conocemos esos compromisos, aún en este siglo en el que ha desaparecido el mecenazgo (sin ser sustituido —¡ay!— por nada). Luego, cuando moría el monarca, ¿qué poeta señalado podía quedarse sin un soneto o un epicedio o unas nenias? Y así, sonetos a la muerte de la infanta Sor Margarita de Austria, de la duquesa de Lerma, de Felipe III. Son sonetos de buena hechura. Pero, ¿qué decir de Felipe III? Le alaba lo alabable: la piedad. Pero, ¿qué ejército había conducido al asalto el insulso rey? No se si pecho de malicioso, pero yo veo un poco de sorna en el primer terceto:

*Militó tu virtud en tus legiones
vencieron tus ejércitos armados
igualmente de acero y oraciones.*

¿Qué diferencia entre el sonetito pacato a la muerte de Felipe III y los que dedicó Quevedo a su duque, a su protector, a su cabeza, a su amigo! El duque de Osuna murió en prisión, y Quevedo desahoga en cuatro sonetos su ira, su dolor, su admiración, su cariño. Ya adapta, como máxima grandeza, la frase que Séneca pone en boca del gran Escipión, y que el mismo Quevedo había troquelado en endecasílabos en un soneto al héroe romano; de nuevo sirve para llorar al duque en desgracia:

*Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas...*

Ya le ve, en sus armas de acero y oro, tal como Guido Boloñez le había retratado:

*Rígidas con el precio de la tierra
y en el rubio metal descoloridas.
Al ademán siguieron las heridas
cuando su brazo estremeció la tierra...”*

* * *

Era, además, el gran duque de Osuna personaje de ingeniosas justicias, de salidas tempestuosas y de quijotescos ademanes. Castro recuerda

esta anécdota definidora: “En la fiesta de la Epifanía (6 de enero) solían los virreyes hacer visita a las galeras a fin de oír las quejas de los condenados —según Quevedo— al hermano de Rómulo. Durante una de esas visitas el duque (ni más ni menos que don Quijote) iba preguntando a cada forzado el motivo de su condena. Todos afirmaban que el castigo había sido injusto, provocado por un falso testimonio, por malquerencias, o meramente por la torcida disposición del juez. Mas he aquí que llega su voz a cierto forzado, que con gran entereza declaró estar ligado al remo por terribles delitos, para los que era suave pena el corbacho del cómitre. Y exclama Osuna, tornándose al general de la flota: “Echen al punto de la galera a este criminal no vaya a pervertirme a tantos inocentes”. Y dándole 20 ducados de su bolsa para que se vistiera, lo mandó libre”.

Caído en desgracia vuelve a España, a su melancólica España de 1620, el grande Osuna. Es el mismo don Luis de Góngora quien nos ha narrado el triste episodio de la prisión del enantes terror de los turcos y esplendoroso virrey napolitano: (“Al Duque de Osuna prendieron el miércoles pasado a mediodía, de esta forma: Estando para comer entró el señor don Agustín Mejía, tan solo que nadie lo conoció hasta llegar al duque, Sentose, y mandando salir los criados, se quedaron hablando los dos no sabemos qué. Esto debió de ser una especie de cuatro credos, cuando llegó el Marqués de Povar, habiendo cercado la casa toda con la guardia española, y con veinte soldados entrando hasta la misma sala, dijo don Agustín: “V. E. sea preso por el Rey nuestro señor y su Consejo de Estado”. El Duque entonces perdió la color desde que vido entrar al Marqués y las albardas de Rondón, y respondió: Por cierto señores un portero del Consejo bastara. Vamos donde VV. SS. tienen orden de llevarme, y porque estoy tan cojo me ven, dénme licencia que baje la escalera en mi silla”. Don Agustín, entonces, dándole el brazo, dijo: “Yo quiero ser bracero de V. E. y el señor Marqués lo será también, porque no tenemos orden de otra cosa”. Sacáronle por la Puerta de Alcalá y al primer humilladero lo esperaba un coche de seis mulas, en que al Marqués se llevó con cuarenta soldados a la fortaleza de la Alameda (13 de abril de 1621)”.

Quevedo cantó al grande Osuna en vida y en muerte con un entusiasmo sin eclipses. Extraordinario caso en un poeta áulico. Pero es que en el Maestro de los Sueños ardía un alma pareja a la del arrogante señor. El soneto epitafio tiene una noble y fulgurante belleza; así termina:

*Estas armas viudas de su dueño
que visten de funesta valentía;
este, si humilde, venturoso leño,
del grande Osuna son; él las vestía,
hasta que apresurado el postrer sueño
le ennegreció con noche el blanco día.*

Con Osuna, con su fausto, su gloria y heroísmo, se hunde en el mar muerto del siglo XVII la última gran posibilidad de la historia española. Queda flotando sobre ese naufragio el llameante airón de su leyenda.